

FORMACION PROFESIONAL Y EXPERIENCIA LABORAL EN SOCIOLOGIA, REFLEXIONES A PROPOSITO DE UN BALANCE

Giovanni Bonfiglio
Noviembre 1989

INTRODUCCION

Con ocasión del 25 aniversario de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Católica, se realizó un panel de egresados para tratar la experiencia profesional a la luz de la formación recibida en la Facultad.

El panel resultó ser muy interesante pero, como suele suceder en esos casos, el tiempo quedó corto y se acordó seguir la reflexión. Este artículo pretende contribuir a esta tarea. Es una visión personal donde se tratan algunos aspectos de la formación profesional y del escenario institucional del desempeño profesional.

EL CONTEXTO DE NUESTRA FORMACION

Es imprescindible partir de la contextualización de la formación profesional. En mi caso se trata de la especialidad de Sociología durante los años 1972-75 en el pre-grado (yo ingreso por traslado) y los años 76-77 en el post-grado.

Durante esos años la especialidad de Sociología se distinguió por lo que podríamos llamar el "clima del 68". Clima signado por algunos aspectos cla-

ves que, al menos a modo de contextualización debemos precisar, para entender lo que sucedía en aquellos años.

Eran los años de auge del reformismo. El país entero vivía un despertar de cambios y renovaciones ideológicas signados por un claro y neto giro a la izquierda. La gran mayoría de nosotros provenía de colegios católicos, donde lo religioso (quizás por contraposición a los aspectos conservadores de nuestra formación en la etapa colegial) nos empujaba a un "compromiso". A ello hay que agregar nuestra sensibilidad juvenil frente a las situaciones de pobreza y desigualdad.

Las corrientes ideológicas e intelectuales de izquierda ya habían ingresado con fuerza a la Facultad. El marxismo daba el sustento intelectual a lo que en realidad era un fuerte impulso generacional de izquierda y con fuertes dosis de romanticismo.

Ser de izquierda en esos años era casi "obligatorio" en la Facultad. Tan es así que los que no lo eran parecían serlo. Nuestros profesores, jóvenes también, abonaban a este clima. En realidad ellos eran parte del mismo proceso, la mayoría se había formado en la Facultad apenas algunos años antes.

Nuestra radicalidad empujaba a los profesores, les exigíamos la perspectiva marxista. Denigrábamos de los intentos de eclecticismo interpretativo que ahora predominan y practicamos. Los profesores no marxistas eran dejados de lado, y las aulas donde se dan interpretaciones marxistas se llenaban de alumnos, no sólo con interés académico, sino con unción.

En mi promoción llegamos al colmo de tachar a algunos profesores de metodología, por considerarlos demasiado empiristas. Un profesor de San Marcos, invitado por nosotros para presentar perspectivas distintas de análisis metodológico, llegó a decir (para nuestro beneplácito) que las técnicas de survey estaban bien para los veterinarios. Y ahora muchos de mi promoción no sabemos diseñar una encuesta.

Los temas de análisis eran los grandes temas nacionales, la perspectiva de totalidad que todo buen sociólogo debía tener nos hacía enfrascar en problemas que difícilmente podíamos asir, de ahí que pocos de nosotros produjeron tesis relevantes. (El "trauma" de la tesis). Si pudiésemos volver atrás, sin duda escogeríamos temas muchos más asibles a la investigación individual y universitaria.

Pero evidentemente, no era sólo un problema de "tamaño" de los temas, sino de las perspectivas de análisis con las cuales los abordábamos. Vivíamos personalmente la angustia de producir resultados en base a nuestras perspectivas de análisis, sin caer en la mera descripción de los hechos. Deberíamos reconocer que la gran mayoría de nuestros trabajos universitarios eran buenos relatos de hechos sociales a los cuales añadíamos interpretaciones teóricas que no necesariamente se desprendían de lo narrado. La prueba es que si volviéramos a escribir ahora sobre las mismas cosas, lo haríamos de un modo distinto.

Por un lado íbamos al campo para embuarnos de la realidad, y también vivirla comprometidamente, por otro lado la interpretábamos a la luz de nuestros esquemas radicales. Dar el paso a producir documentos de interpretación de la realidad era un salto muy fuerte. Es mi caso, y de varios más. Creo que ahora escondemos algunos de los escritos que hacíamos en esa época.

En esos años la casi natural culminación de la formación de sociólogo era la militancia. Creo que habían varias acepciones del término militancia. Por un lado estaban los "organizados", por otro lado los que sin pertenecer a organización alguna profesaban el mismo credo. En esos años nadie ponía en cuestión (por lo menos abiertamente) aquello de "las ciencias sociales al servicio del pueblo". Analizando retrospectivamente ese slogan creo que, al margen de la genuina voluntad y vocación de servicio, había una gran carga de simplismo y paternalismo, porque ese slogan suponía que sabíamos lo que el pueblo quería y necesitaba.

LOS ENCUENTROS Y DESENCUENTROS CON LA REALIDAD

Para mí, y en general para varios de mi generación con los cuales he conversado del tema, la salida de la Universidad ha significado un lento proceso de abandono de los esquemas interpretativos predominantes en los 70. Definitivamente si la década del 70 fue de "encanto", la del 80 fue de "desencanto". La percepción de que la realidad es distinta de como nos la imaginábamos desde la Universidad. A pesar que nuestra formación estuvo cercana a la realidad externa a las aulas, mérito que hay que reconocer a nuestros profesores.

Conceptualmente la década de los 80 ha significado cambios importantes: la declinación de las utopías, la crisis del marxismo, la crisis de los proyectos políticos surgidos al calor del reformismo con inspiración de izquierda (fracaso de la autogestión, de las experiencias de colectivización, etc.), revitali-

zación del liberalismo. Los textos del post-marxismo han ido minando nuestras convicciones. Poco a poco las que eran certezas se fueron convirtiendo en dudas y, porqué no decirlo, también en perplejidades.

Los que entramos a la Facultad no por casualidad sino para buscar en ella orientaciones de cómo cambiar la realidad (y fuimos bastantes), comprendimos luego y no sin tropiezos, que habíamos cifrado demasiadas esperanzas en la sociología en función de nuestras motivaciones juveniles. En los 80 empezamos a percibir que nuestros conocimientos no eran tantos como pensábamos, éramos más ignorantes de lo que creíamos, teníamos que abandonar esquemas, readecuarlos, etc. Sin embargo, teníamos un cartón en las manos que decía que éramos profesionales, y de eso teníamos que vivir.

Ahí fue cuando comprendimos la importancia de tener herramientas técnicas de trabajo, que nos permitiesen salir airosos de la competencia laboral. El acercamiento que tuvimos a la realidad social durante nuestra formación nos sirvió de mucho. Pero debíamos enfrentar problemas concretos para los cuales no estábamos técnicamente ni mentalmente preparados. Esto va más allá de la estructura curricular, tiene más que ver con la percepción que teníamos del oficio de sociólogo. Oficio que para muchos no distaba mucho del de asesor político.

Luego de 13 años de haber salido de la Facultad, me atrevería a decir que la perspectiva de totalidad en la formación debería ser un punto de llegada y no de partida. El camino recorrido, en mi caso por lo menos, ha sido una pretensión de totalidad que ha tenido que ser dejada de lado o revisada, para enfrentar aspectos más "micro", para lo cual no contaba con herramientas de análisis adecuadas.

Haciendo una comparación un poco forzada, me da la impresión que en la Facultad nos entrenaron a manejar tractores pesados y luego tuvimos que trabajar en pequeñas chacras donde no entraban máquinas. De ahí que tuvimos que aprender el oficio de jardinero. Dicho en otras palabras, tuvimos que adecuar nuestro oficio al quehacer que la realidad nos demandaba.

EL QUEHACER PROFESIONAL Y EL MERCADO LABORAL

En la búsqueda de empleo descubrimos algo muy importante en lo cual no habíamos reparado suficientemente durante nuestra formación: *la estrechez del mercado de trabajo de cientistas sociales.*

Durante nuestra formación no nos preocupábamos tanto sobre cuáles iban a ser nuestras posibilidades reales de empleo. Todos pensábamos en investigar, los menos academicistas pensaban en la acción, y dentro de ese esquema la sobrevivencia profesional no se veía como problema. En realidad la relativa bonanza económica de aquellos años nos daba la sensación que no había que preocuparse mucho por la sobrevivencia, las preocupaciones centrales eran otras: resolver los problemas sociales. Ahora todos andamos preocupados en cómo resolver nuestros problemas de sobrevivencia.

Las oportunidades de empleo fueron restringiéndose a medida que avanzaba la crisis económica hacia fines de los 70, y se daba concomitantemente la retracción de las actividades públicas que demandaban profesionales de las ciencias sociales.

Salvo los que han podido dedicarse a la docencia y a la investigación (una minoría). La mayoría hemos cumplido y cumplimos actividades de promoción social desde distintas perspectivas y lugares. Es decir la función central que cumplimos profesionalmente es la de prestar servicios de promoción y sobre todo administrar recursos de promoción social (ya sea a través de programas permanentes o a través de proyectos específicos).

Entonces, como conclusiones gruesas en cuanto al quehacer profesional y al mercado laboral, creo que las ideas centrales son las siguientes: se trata de un mercado muy estrecho, incluso diría que los que trabajamos como sociólogos somos una parte de los egresados. Quizás con los egresados de otras Universidades la cosa es peor. Por otro lado, la otra idea que quería enfatizar, es que nuestro oficio como sociólogo, dista bastante de lo que nos imaginábamos podía ser y para lo cual nos preparábamos.

EL ESCENARIO INSTITUCIONAL DEL DESEMPEÑO LABORAL: LOS DOS ESTADOS

Dónde hemos trabajado? Luego de un inicio incierto y variado, nos damos cuenta que la Universidad y las oportunidades de docencia-investigación eran en realidad pocas. Para la mayoría de los profesionales de mi generación el lugar de trabajo privilegiado ha sido tanto la administración pública, como organismos no gubernamentales (los centros) u otras instituciones de cooperación. Pocos encontraron empleo en actividades privadas o instituciones culturales (Universidades, etc.).

El escenario institucional en el que nos desempeñamos es también bastante diversificado e inestable, además ha cambiado en los últimos años. Es decir, nuestras ocupaciones son por lo general inestables y se dan en un marco de instituciones también inestables. Pienso que es importante detenernos en estos aspectos, para ver no sólo el qué hacemos, sino también el dónde y cómo.

Al respecto mi experiencia laboral es ilustrativa, no se qué tan representativa, pero es a partir de ella que hago las reflexiones posteriores. Inicialmente trabajé en docencia universitaria, en una Universidad estatal. Fue una experiencia muy enriquecedora pero también difícil, porque me di cuenta que tenía que enseñar a alumnos que querían certezas, justo cuando yo empezaba a dudar de muchas cosas. No existía un ambiente académico propicio para llevar a reflexiones. Me di cuenta que podía caer muy fácilmente en el esquematismo conceptual y que eso es lo que más demandaban mis alumnos pues les facilitaba la "comprensión" de las cosas. No quería darles esquemas abstractos, pero hacer algo alternativo suponía un trabajo de equipo que no tenía, además me sentía demasiado ignorante para enseñar a otros.

Pasé a trabajar en un proyecto de investigación desde un lugar de la administración pública. Pero terminado el proyecto tuve que seguir en tareas administrativas (capacitación, administración de docencia, etc.). Tuve un periplo pasajero en un centro para hacer un estudio, sin estabilidad laboral. Reingresé a la administración pública (en otra dependencia) donde trabajé durante 1982-85 en actividades muy interesantes que me enriquecieron profesionalmente. (Dicho sea de paso, ahí tuve que improvisar mucho en cuanto a los aspectos técnicos profesionales, subsanando sobre la marcha varios vacíos de mi formación, además no me desempeñé siempre como "sociólogo", sino me improvisé como comunicador y documentalista). Pues bien, en el 85 fui despedido, como suele ocurrir con los cargos de cierto nivel en cada cambio de gobierno, lo cual expresa la inestabilidad y desestructuración del Estado.

Para seguir trabajando en actividades sociales tuve que acudir a los centros, donde me ví inmerso en otra burocracia, en algunos aspectos muy parecida a la que había dejado. Por otros aspectos era distinta, en la medida en que no existían los controles ni los mecanismos de toma de decisión reglamentados que existía en la administración pública. Entonces descubrí que los colegas de los centros constituían una burocracia con mayor autonomía y por lo general con mayores ingresos. En la administración pública mis superiores al fin y al cabo implementaban políticas públicas y eran parte del gobierno, o

sea su poder era legítimo y su origen era claro. Pero en los centros no encontraba la misma transparencia en cuanto al origen del poder que efectivamente detentaban.

Luego de estar varios años en la administración pública me encontré con colegas a los cuales les iba mejor en centros, desde el punto de vista laboral y económico. Otra cosa que noté es que a los colegas de los centros les desagradaba todo lo que era Estado. Aparentemente este mirar de lejos al Estado obedecía a motivos ideológicos, pero pude constatar que casi inconscientemente el Estado era visto como un competidor y una posible fuente de control-fiscalización que no era aceptada. Noté también que el argumento de la ineficiencia estatal era esgrimido constantemente y casi con fruicción, como si no fuese un problema nacional que debe ser resuelto.

Hago estas reflexiones no con el ánimo de hacer una crítica cerrada y cáustica a los centros (yo trabajo en uno). Sino para mostrar una hipótesis de interpretación acerca del escenario institucional en el que nos movemos: La función que los sociólogos cumplimos desde el Estado y desde los centros es la misma en esencia, es la de administrar recursos de promoción con fondos destinados a la promoción social. En ambos escenarios de desempeño profesional somos igualmente burócratas. Además, como bien señala el colega y amigo Alberto Giesecke (Tito), tanto en el Estado como en los Centros impera el proyectismo, es decir, actividades puntuales poco estructuradas en un plan de trabajo mayor, o en un plan de actividades con visión estratégica.

Cabe la hipótesis de considerar a los centros como una institucionalidad cuyo surgimiento e incremento (hasta hace algunos años insospechado) ha sido posibilitado por la crisis y desestructuración del Estado formal, lo cual ha generado la aparición de una suerte de institucionalidad informal. Desde este punto de vista los centros vendrían a ser casi pedazos de un Estado privado en lo que atañe a las funciones de promoción. Como conjunto, los centros son un escenario institucional paralelo al aparato público de promoción, en ambos escenarios se cumplen las mismas funciones, si bien con estilos distintos.

Las diferencias entre ambos "aparatos" institucionales son que el primero es centralizado, jerarquizado, sujeto a manejo (o desmanejo) de gobierno, etc. El otro no es centralizado (sino disperso), ni jerarquizado, y su manejo está sujeto a una gama de posibilidades que no viene al caso tratar aquí.

Quizás los centros pueden ser vistos como parte de ese gran movimien-

to hacia la informalización en nuestro país. ¿Si se informaliza la actividad productiva y otras cosas, por qué no se puede informalizar el estado promotor?

Se puede afirmar que el surgimiento y expansión de los centros es una forma como los científicos sociales hemos ido generando nuestro propio empleo, al igual que los migrantes desempleados han generado su empleo como vendedores ambulantes o microproductores informales. En ambos casos, la diferencia entre formal-informal no es un concepto jurídico ni legalista. Quizás habría que escribir "el otro sendero" para los centros, que muy bien podría llamarse "el otro estado".

Al parecer, en las últimas décadas se ha producido en el país un exceso de científicos sociales, que el aparato institucional formal no ha podido absorber, de ahí que se ha producido una especie de excedente profesional de sociólogos y científicos sociales en general. Excedente que ha generado nuevas instituciones y nuevas modalidades de generación de empleo.

Como toda forma de actividad informal, la aparición de los centros tiene aspectos innovadores y positivos, en la medida en que significan respuestas creativas e innovadoras. Además recogen las potencialidades de la libre iniciativa en el campo de la acción social. Libre iniciativa que ahora puede aparecer como positiva, pero que en el momento de nuestra formación no estaba presente en la imagen que teníamos del quehacer del sociólogo. Desde este punto de vista, los sociólogos y otros profesionales que trabajamos en los centros somos profesionales liberales, (aunque a algunos no les guste el término) pues generamos nuestro propio empleo y nos movemos en un mercado competitivo de proyectos, de consultorías, etc. Donde los demandantes son los que tienen financiamiento para actividades de investigación y promoción social.

Estos aspectos positivos e innovadores en cuanto a la prestación de servicios de promoción social, están dados básicamente en cuanto a la ventaja de operar en pequeña escala (aunque algunos centros han ampliado considerablemente su escala de operación). Lo negativo está dado por la fragmentación de la acción y la imposibilidad de implementación de políticas sociales (por lo menos por ahora) y por tanto a la imposibilidad de resolver problemas sociales.

A estas consideraciones de índole técnica en cuanto a la operatividad, habría que agregar un problema político: La operatividad de los centros puede agotarse en sí misma si no está al servicio de políticas establecidas con clari-

dad desde instancias legítimas de poder. Si no, se cae en la tentación de aplicar orientaciones de acción cuyo origen es espurio, por más buenas intenciones que puedan haber, y más allá de los deseos de atender necesidades sociales insatisfechas por el Estado formal. Además, se puede caer en las necesidades de sobrevivencia institucional (y personal), donde las actividades realizadas pueden perder significación social y mantener sólo aquellas relacionadas con el mantenimiento de la financiación (el proyecto por el proyecto). En el peor de los casos se puede caer en implementar orientaciones (o políticas) emanadas por los financiadores.

Estas ideas respecto al escenario institucional en el que nos movemos son expresión de una reflexión compartida con varios compañeros de generación, muchas veces tratada "sottovoce" debido a lo delicado del tema y a las dificultades del autoanálisis profesional y ocupacional. Por otro lado, han sido ideas controvertidas con otros colegas. Considero que en un balance de la formación universitaria y de la experiencia profesional no podían estar ausentes. Al fin y al cabo se pretende animar una reflexión compartida y un diálogo sobre el tema.

COLOFON

Al terminar estas líneas debo decir que no me ha sido fácil escribirlas. Quizás he puesto más énfasis en aspectos críticos (que son también autocríticos). Lo he hecho en el entendido que al conmemorar los 25 años de la Facultad no hay sólo una intención de saludo protocolar. Al fin y al cabo en la Facultad nos entrenaron para ser críticos, eso es algo que no señalé antes, y es lo que más debería agradecer.

Reconozco ahora que el paso por la Facultad ha sido un primer paso muy importante en el camino permanente de la formación. Ese paso ha sido, para mi y para muchos, algo más que una simple estadía académica, sino una intensa experiencia de vida y de compartir ideales. Quiero por tanto expresar un homenaje a los profesores, autoridades y compañeros de estudio, con los cuales nos une no sólo preocupaciones comunes sino la amistad que se hace al recorrer el mismo camino durante un tiempo importante de nuestra vida.